Globethics Repository

El siglo XXI ha comenzado [The XXI century has begun]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Rocard, Michel
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-10-31 16:06:43
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220734

Nueva Sociedad Nro.108 Julio- Agosto 1990, pp. 158-161

El siglo XXI ha comenzado

Rocard, Michel

Michel Rocard: Primer ministro de Francia, líder del Partido Socialista francés (PS.), aspirante a la sucesión de Mitterrand.

El futuro mapa europeo se aproxima aceleradamente, se asiste al umbral de las grandes decisiones que afectan a todos los pueblos de Europa. La década de los 90 será crucial para la adopción de un modelo en el que la europeidad y nacionalidad sepan combinarse en una armonía que evite los errores del pasado*.

Los historiadores nos han enseñado que el siglo XX comenzó en 1914. Sin duda, a partir de ahora deberemos decir que 1989 marcó el comienzo del siglo XXI. El alcance de los acontecimientos que estamos presenciando no se le escapa a nadie. El comunismo real, que ha influido en toda nuestra historia más o menos desde 1917, ha perdido vigencia. Europa reencuentra su historia y su geografía y a la vez se reencuentra a sí misma, con su unidad cultural y sus diversidades nacionales. La distensión entre el Este y el Oeste ofrece una oportunidad única para resolver el subdesarrollo. Pero estamos lejos de haber alcanzado el fin de la historia. Aunque podamos discernir determinadas líneas posibles de evolución, su término nos resulta desconocido, la disolución de la idea comunista no puede hacernos olvidar la carga de esperanza que había suscitado y las aspiraciones concretas a las que trató de responder.

Las ideas, sean acertadas o falsas, guían el mundo. Ya se anuncian nuevas confrontaciones ideológicas. ¿Qué equilibrio se debe implantar entre la libertad y la justicia social en cada país? ¿Qué reglas de comportamiento deben regir entre las naciones? Todas estas viejas cuestiones se vuelven a plantear en un contexto modificado. Vemos que por doquier en el mundo se manifiesta una fuerte aspiración democrática. Evidentemente, no existe un único modelo democrático. La idea democrática sólo puede encarnarse según las culturas de cada sociedad. Sean cuales fueren las diferencias, está claro que evolucionar desde un equilibrio a otro no es fácil. La historia muestra que las situaciones en las que se pasa brutalmente del silencio a la palabra están llenas de imprevistos. Las transiciones producen choques y las crisis son siempre posibles. Las responsabilidades de todos los movimientos políticos europeos están claramente empeñadas. La ventaja que supone una Europa reen-

contrada en la prosperidad, la democracia, y la paz es una causa que debe ser común a todos, porque los riesgos son iguales para todos. Los acontecimientos se aceleran. Cada semana trae su paquete de novedades. Es conveniente tomarse un tiempo para la reflexión. El hecho de que esta reflexión sea común la hace particularmente valiosa, porque debemos aprender unos de otros. Tenemos economías diferentes, pero tan importante como los recursos económicos es un diálogo político sincero. Porque no lograremos construir la Europa posterior a Yalta si no superamos la lógica de la confrontación que hemos pagado tan cara, si no nos comprendemos mutuamente y si no encontramos un lenguaje común. Esto sólo podrá ser bueno para sociedades que, cada una a su manera, quieren definir los valores y las referencias que van a regir los siglos que comienzan.

No nos sobra tiempo. Tengo la convicción de que, al igual que los cuatro primeros años posteriores a la Primera Guerra Mundial decidieron el curso de nuestra historia contemporánea, el porvenir del próximo milenio se jugará en este decenio. Les hablaré más como amigo que como primer ministro para expresarles algunas reflexiones de ciudadano. Pertenezco a una familia política que jamás ha disociado el socialismo de la democracia. Por otro lado, no puedo participar en este coloquio sin evocar el recuerdo de esos socialistas, socialdemócratas, mencheviques, que en gran número conocieron el exilio, la prisión o la muerte. Desde el golpe de Estado bolchevique, los principales dirigentes de la II Internacional, León Blum, Karl Kautsky, y tantos otros dijeron lo esencial: que el voluntarismo de Lenin solo podía conducir a una dictadura duradera sobre el proletariado, que sólo la democracia política permite conocer la voluntad popular, que la democracia no puede ser sólo un medio, sino un fin. La oposición que de ahí derivó entre el comunismo y el socialismo fue irreductible en el fondo.

El enfrentamiento ha sido la regla. En sus aspectos dramáticos, este enfrentamiento ha afectado a la terminología. Los comunistas en el Oeste, y más todavía en el Este, quisieron apropiarse la noción misma de socialismo, aunque lo que en el Oeste denominamos socialismo quiere decir socialdemocracia, sociedad pluralista, economía competitiva y diversificada, protección social, y lo que se presentaba en el Este como socialismo significa para nosotros comunismo. Es, pues, importante restablecer la veracidad de las palabras. No es socialdemócrata el que quiere. La apelación no basta, hay que hacer propios los valores de la socialdemocracia. El socialismo occidental ha de recorrer todavía un camino. Ha operado conscientemente una doble disociación, primero con la violencia y después con el estatalismo. Ha encontrado hoy un equilibrio que le permite aliar el Estado de derecho con el pluralismo político, la eficacia económica y la justicia social. La socialdemocracia no tiene una

fórmula mágica para realizar el cambio social sin conflicto. Es difícil asegurar cada día la justicia social en una economía de mercado, pero, no obstante, hay que asumir plenamente la opción de la libertad sin resignarse a que el orden económico se escape del control de las personas. Estas contradicciones no pueden, no deben ser eliminadas. Debemos sostener ambos extremos de la cadena. El proyecto de una sociedad democrática es no resolver nada definitivamente. Estar abiertos a la crítica es el carácter fundamental de la cultura europea. El proyecto de una sociedad democrática es el de que los hombres y las mujeres tiendan indefinidamente a la mejora de su sociedad, siempre amenazada por la inercia de las situaciones adquiridas. No hay fórmulas mágicas, pero podemos ofrecer nuestra experiencia a quienes desean avanzar en esta vía: una gran modestia se impone. Las opciones de la socialdemocracia se han justificado por el fracaso del comunismo, pero eso es cosa del pasado. Hoy lo que importa saber es qué equilibrio hay que construir entre los países de Europa central y oriental.

El sentimiento que domina en la mayor parte de países de Europa del Este es, evidentemente, una voluntad profunda de ruptura con el orden anterior. Cada situación nacional difiere, pero un impulso liberal se afirma por doquier. No se trata de reformar el comunismo. A lo largo de decenios, todos estos países han conocido todo tipo de reformas, que no han logrado nada. Se trata de fundamentar sólidamente las grandes libertades, la libertad personal, la libertad de expresión, la libertad de opinión, la libertad de empresa. A partir de aquí, sólo la autonomía de la sociedad respecto al Estado, condición esencial de un Estado de derecho y condición necesaria de una economía de mercado, puede quedar garantizada. Los movimientos de aspiración socialdemócrata no deben dudar. No hay que aconsejarles que se queden al borde del camino. Deben conquistar, por el contrario, su plena legitimidad política, situándose en el primer plano del combate por la libertad. La idea del socialismo democrático, que ha quedado fuertemente desacreditada por lo que en el Este se ha hecho en su nombre, no puede encontrar vigor más que asumiendo esta realidad. No olvidemos que los grandes partidos socialdemócratas a finales del siglo XIX identificaron también sus luchas con la conquista del sufragio universal. Las dificultades políticas y económicas no son menos evidentes. Los pesos de las nomenclaturas, la transformación de las policías políticas, el resurgimiento de movimientos populistas y autoritarios son otros tantos bloqueos de las reformas. Y además, la inevitable alza de precios, los riesgos de paro, las penurias son también objeto de descontentos. Los pueblos desean resultados tangibles, significativos, físicos, la confianza en la democracia puede erosionarse. Nosotros hemos conocido esto en el momento de entrar en guerra. Pero para pueblos que quieren salir de esta situación no hay otro remedio que la confianza en la democracia. Hay una re-

lación estrecha entre los valores políticos y su realización, que no depende de la contingencia exterior. En las sociedades que ya conocen y conocerán en adelante inevitables transformaciones sociales y políticas, sólo el debate democrático permite la expresión de las expectativas y las reivindicaciones de la cólera. Los gobiernos que no saben tener en cuenta la opinión pública son como pilotos ciegos.

La situación que vivimos exige una capacidad para aportar inmediatamente las correcciones y adaptaciones necesarias. El reconocimiento del otro es una necesidad de la acción política democrática. Los que no quieren tener en cuenta los objetivos y las necesidades de los demás no pueden encontrar el equilibrio justo. Toda la cultura política de la socialdemocracia moderna se construye en torno a esta intuición fundamental: el diálogo y la negociación son los instrumentos que permiten abordar la reforma. Hay que establecer rápidamente lugares en los municipios y en las empresas donde se puedan organizar las confrontaciones entre los intereses que existen. Hay que hacer que se organicen los actores, sindicatos, partidos, asociaciones, que representan la realidad social. Estas son las condiciones para que se construya la legitimidad política de un gobierno, porque para enfrentarse con las contradicciones inevitables, especialmente las del tiempo, para situar la acción del momento en una perspectiva a largo plazo, los gobiernos necesitarán una fuerte legitimidad. Sin esto, los Estados no podrán definir el interés general, fijar las reglas de juego indispensables, asegurar los equilibrios sociales. Los partidos esencialmente socialdemócratas podrán entonces tener todas sus oportunidades. Los que han sido los partidos de la ruptura democrática serán también los de la cohesión social. Tengo la convicción, y quiero afirmarla aquí, de que el liberalismo doctrinario, que tiende a sustraer toda la vida económica y social de la decisión democrática, no puede aportar una solución adecuada a las sociedades marcadas por el desequilibrio de fuerzas complejas.

Esto me parece tanto mas verdadero cuanto que ya no nos encontramos en una Europa relativamente cerrada. La mundialización de la economía es un dato; en un contexto internacional, el liberalismo económico es lisa y llanamente la ley del más fuerte. Los países del Este deberán afrontar progresivamente abordar los problemas que se nos plantean a todos a causa de la falta de reglas internacionales: las incertidumbres de los mercados financieros; las desigualdades de desarrollo entre el Norte y el Sur, que se agravan trágicamente; la protección del medio ambiente. Nosotros, socialistas y socialdemócratas, hemos sabido respetar las fuerzas del mercado y reducir el desfase demasiado grande que existe hoy entre una internacionalización económica sin principios y la demasiado débil internacional de lo político. Debemos hacer entrar conjuntamente la democracia en el juego mundial, y las de-

mocracias reencontradas de Europa central y oriental tienen su lugar en esta empresa. Tenemos necesidad de ellas; la dificultad, evidentemente, radica en establecer las medidas inevitables de ruptura con el estatalismo autoritario sin desarticular las sociedades de Europa central y oriental. Pero aunque la ruptura política deba ser rápida, la ruptura económica debe implicar transiciones. Para lograr una evolución programada, como decía recientemente Lionel Stoléru en un artículo de Le Monde, el patrimonio de la socialdemocracia ofrece perspectivas acaso útiles. Un compromiso histórico que una las fuerzas políticas, económicas, sindicales constituiría, sin duda, la piedra de toque del éxito, porque se trata de dar nuevo aliento a la sociedad civil con su multiplicidad de estructuras intermedias. Cada evolución se inscribe en una historia particular. El impulso democrático es evidente en la Unión Soviética, pero los problemas son inmensos y carece de modelo democrático de referencia en el pasado. Los diputados del grupo interregional del Soviet Supremo reconocen los valores del socialismo democrático, pero hará falta tiempo, el tiempo que necesite una sociedad civil para reconstruirse. Europa central y Europa occidental conocieron la gran oleada liberal del siglo XIX, pero las diferencias entre los distintos países han sido considerables. No olvidemos, por ejemplo, que si el partido socialdemócrata checo fue fundado en 1878, en Bulgaria la tradición democrática es más frágil. Pero, en cualquier caso, la democracia goza en todas partes de una legitimidad histórica.

Esta diversidad nacional inspira a veces inquietud. La idea de que podría renacer la Europa anterior a 1939, o bien la Europa anterior a 1914, es evocada a menudo. El temor que se formula de esta forma se explica por la inquietud de que la principal preocupación de las naciones que se encuentran ahora a sí mismas no sea la reaparición de antiguas injusticias históricas en lo que concierne a sus fronteras territoriales.

No podemos ignorar este interrogante. Su peso podría alejar las opiniones entre sí. Pienso que se debe expresar la voluntad de los pueblos que se han visto incluidos, muy a su pesar, en un sistema imperial, al tiempo que se han visto privados de su soberanía política. El sentimiento nacional ha sido utilizado a menudo como un instrumento de resistencia al totalitarismo. Pero este movimiento que lleva a la reapropiación de una cultura nacional no debe degradarse en nacionalismo. Es preciso que todos juntos, y por primera vez en nuestra historia común, cobremos conciencia de que no puede haber contradicción entre la Europa unida y las naciones que la componen. No hay lugar en Europa para una dominación imperial. Pero no por eso estamos condenados a la desmembración en naciones. Nuestro medio ya no es el mismo que en el período de entre guerras. La democracia es plenamente legíti-

ma. La experiencia de la privación de libertad ha producido la voluntad de no tolerar la creación de formas de autoritarismo nacionalista. Para asegurar un porvenir de paz y para aprovechar la oportunidad que nos brinda la pacificación actual de las relaciones entre el Este y el Oeste deberemos respetar dos imperativos: primero, los principios nacionales deben establecerse y desarrollarse en conexión necesaria con la defensa de los derechos del hombre. Las fronteras territoriales, tal y como surgieron de la Segunda Guerra Mundial, no deben ser puestas en cuestión. Los Estados de derecho, cuya instauración es la reivindicación unánime de los pueblos europeos, no inspirarán confianza si no construimos un régimen nuevo de relaciones internacionales que pueda introducir entre los Estados nuevos elementos de regulación jurídica. Estos Estados deberán conocer una institucionalización que regularice las relaciones entre los Estados, igual que el Estado democrático regula las relaciones entre los individuos. Acaso de esta forma se dé vida a la intuición del gran Emmanuel Kant, que hacía de la constitución republicana de cada Estado la primera condición, el primer artículo de lo que él llamaba la paz perpetua.

Soberanía no es, evidentemente, lo mismo que independencia. En una sociedad democrática el individuo es libre, pero no soberano. En una sociedad internacional democrática, la soberanía debe quedar reducida al límite de la independencia. León Blum lo expuso luminosamente al explicar su convicción, que era la convicción europea de los socialistas franceses de antes de la guerra. Inevitablemente, al hablar de la cuestión «¿adónde va el Este?» me veo inducido a preguntarme ante ustedes: ¿adonde va el Oeste? En la medida en que cada país sea fiel a su propio juego y defina sus estructuras políticas, los europeos tendrán la responsabilidad de que nuestra historia común dé un nuevo giro. Tenemos la suerte, con la CE, de disponer de un polo de estabilidad que las generaciones de entreguerras buscaron en vano. El proyecto inicial fue eliminar del principio nacionalista lo que podía tener de peligroso para retener lo que poseía como plena realidad. Esta realidad está todavía sin terminar, pero su vitalidad ha tenido un gran papel: por ejemplo, favorecer la transición pacífica y democrática de España. Su refuerzo hoy y su consecución mañana son la mejor oportunidad para superar las contradicciones del nacionalismo.

Europa occidental será capaz de abrirse a las empresas europeas si progresa de manera sensible política, económica, social y culturalmente. Como ha dicho Francois Mitterrand, hay dos procesos que forman un binomio indisociable: los países occidentales y la CE pueden ofrecer una ayuda útil y diversificada, pero lo más importante es presentar una perspectiva concreta para los países de Europa central y oriental, que no están todavía capacitados para adherirse a la Comunidad. Debe-

mos ofrecerles un marco de contactos para tratar de los intereses y de las cuestiones que nos son comunes. La identidad europea saldrá reforzada. El presidente de la República Francesa ha propuesto, todo el mundo lo sabe, la idea de una confederación. Tenemos necesidad, en efecto, de institucionalizar de una u otra forma la solidaridad de la Europa reencontrada, la Europa de las reglas comunes, que pueda fomentar la constitución de Estados de derecho en todos los países, que pueda asegurar el crecimiento económico y el progreso social.

Esta Europa es todavía un desafío, soy consciente de ello y mido las dificultades que tienen porque conozco el peso de los intereses nacionales. Pero es el único desafío que vale la pena para nuestra generación. Un capítulo de la historia se ha cerrado, que no hemos de lamentar por lo dramático que ha sido. Nuestra tarea común es hacer que penetre un poco más la inteligencia en los asuntos del mundo. Sabemos que la situación actual no puede durar. La primavera es la primavera; 1990 nos llevará a una situación profundamente diferente. Debemos prepararnos intelectualmente al cambio. Deseo que este coloquio sea fructífero, que nos dé los elementos para reforzar las bases de una política constructiva. Europa occidental, esencialmente, ha encontrado un equilibrio; Europa oriental y central lo buscan. Aportémonos mutuamente sensatez, generosidad y apertura.

*Intervención leída en el Coloquio ¿Adónde va el Este? producido por diversos medios periodísticos europeos y efectuado el 20 de febrero último en París. Las lecturas correspondientes al evento reproducidas en este número fueron publicadas por El País (Madrid) el pasado 22 de marzo.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 108 Julio-Agosto de 1990, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**